

trecho en trecho, alguna escarpada peña, donde las guardias del país hacían centinela para precaverse de los ladrones nocturnos y de los Arabes del desierto. En el centro de este encantador valle, ceñido todo de montes, situado en el confin de la tierra de Esdrelon, se eleva sobre hermosa colina la pequeña Nazareth, en donde José y María hicieron su humilde entrada, puesto que su grande virtud solo era conocida del Señor del Cielo. ¡Salve, afortunados esposos, que no hubieron ni habrán iguales sobre la tierra! ¡Salve, almas puras é inocentes, unidas por los vínculos de un amor enteramente divino, como aquel que unió felizmente en un solo corazón á Adán y Eva, inocentes, en el paraíso terrenal! ¡Salve, noble estirpe de David, de presencia humilde é insignificante á los ojos de la sabiduría humana, pero siempre grande en virtud, y ahora más que nunca grandísima, pues se aproxima el día en que va á venir para colocarte de nuevo en toda la grandeza de tu antiguo esplendor el Deseado de los siglos!

¡Oh! sí, grande sobre toda ponderación y divino es, Dios mio, el espectáculo de la virtud y de la paz doméstica que gozan en Nazareth José y María, hechos esposos en cumplimiento de los designios de tu infinita misericordia para salvación del universo! ¡Oh sublime alegría de la inocencia, que brilla en los ojos de María, bajo la sombra protectora de su venerable esposo José, cuya alma está toda absorta en los profundos misterios de la divina Providencia, que le unió tan admirablemente á aquella criatura divina! ¡Oh mundo desventurado é infeliz, que tan neciamente de ries de la paz que descende del Cielo! muéstranos una familia tan tranquila y bienaventurada, donde tú entras á mandar con tus caprichos, con tus pasiones y con tantas promesas como haces de una completa felicidad. ¡Oh, Dios mio! que este espectáculo, tan conmovedor, que admiramos en José y María, brille en la mente de aquellos que se sienten llamados al elevado y gravísimo estado del matrimonio, y no podrá ménos de conmovérseles el corazón hasta derramar lágrimas! ¡Oh José! oh María! mostraos piadosos como fuisteis esposos de amor casto é inmaculado, á los jóvenes cristianos y á las inocentes doncellas; y aprendan de vosotros aquellas virtudes que santifican acá en la tierra, llevando en sí la bella y santa imágen de vuestra divina union, para descansar despues en el tálamo inmortal del Esposo de nuestras almas, Jesucristo, en el Cielo. Así SEA.

DIA CATORCE.

LA ANUNCIACION.

Missus est angelus Gabriel ad virginem desponsatam viro, cui nomen erat Joseph.

El ángel Gabriel fué enviado á una virgen desposada con cierto varon llamado José.

(Luc I, 27.)

Figuraos, hermanos míos, un hermoso y fértil campo enteramente cubierto de variada y exuberante vegetación, que en su tiempo haya sido cultivado y recibido oportunamente los ardores del sol y la benéfica lluvia del Cielo; vereis crecer en él bellas y ufanas plantas, llenarse en breve de flores, y cargarse de frutos, prometiendo así recompensar con abundancia los sudores con que el agricultor lo ha regado; y le cobrará tanto afecto, que empleará en él todos sus haberes y formará las delicias de su corazón. Lo propio sucede en una familia criada en los santos principios de la Religión, bajo la égida de la protección divina: adelantando cada día más en virtud y en santidad, será en breve espectáculo de solemne maravilla para el mundo, los Angeles y los hombres (1), que quedarán suspensos de estupor. ¡Figuraos, despues, cuánto se complace Dios y goza en colmarla abundantemente de sus más gratas bendiciones! Entre muchos de los ejemplos que podría aducir, mirad, os diré, á las familias de Noé, de Abraham, de Isaac, de Jacob y de todos los virtuosos y venerables patriarcas de la antigua alianza: no solo gozaron con abundancia de toda suerte de bienes que puede honradamente suministrar la tierra, sinó que, además, elegidos por su fé y piedad sincera para recibir revelaciones sobrenaturales, que un día debían manifestarse á todas las

(1) I CORINTH. IV, 9.

naciones, alcanzaron tanta gloria, que con solo pronunciar su nombre, nos vienen á la mente ideas de la grandeza y magnificencia más extraordinarias. Por consiguiente, deducid, hermanos míos, el sublime destino que esperaba también sobre la tierra á José y María; aquél, hombre justo por excelencia (1), casto y puro como los Angeles del Cielo; ésta, hija primogénita de la gracia del Eterno (2), que desde el primer instante de su bienaventurada concepción, pura y libre de toda culpa, había nacido al mundo y desarrollado su vida como cosa propia del Paraíso. ¡Oh Nazareth! oh santa casa de Dios! ¿quién podrá referir las maravillas que en tí han de cumplirse? ¡Oh David, fiel siervo del Señor! aquí tendrán, finalmente, efecto las grandes promesas que te fueron juradas (3); es decir, el grande prodigio de la divina misericordia que salvará al mundo, y se perpetuará en la tierra hasta la consumación de los siglos! Esta es, hermanos míos, la materia que nos ocupará esta noche. Empecemos, después de saludar á María. A. M.

Establecidos ya, finalmente, María y José en su amada ciudad de Nazareth, parece que fueron á morar en la antigua casa de santa Ana. ¡Cuán dulce y bendita sería su vida en aquellos primeros y bienaventurados meses de su matrimonio, solo Dios podría decirnoslo. La paz del Señor reinaba en aquella humilde, pero santa habitación; y dividían su tiempo entre el trabajo y la oración, elementos esenciales de la vida, desde que el hombre, pecando, perdió la inocencia. Y según la antigua costumbre de los Hebreos, que subsiste todavía entre los Arabes, y en muchísimos otros países de Oriente, raras veces se permitía á las mujeres conversar con los hombres: José ejercía su oficio de carpintero en un local separado enteramente de aquel que ocupaba María. No es que yo pretenda, ciertamente, hermanos míos, tanta delicadeza y circunspección en nuestros días; pero, no puedo dejar de manifestar, que siempre deben emplearse grandes y delicadas consideraciones, sin excluir á los mismos casados, en la sociedad doméstica, para mantener íntegra la virtud; ya que todos estamos amasados de pasiones, y para todos, del vicio á la virtud no hay más que un paso, que una vez dado, nadie sabe hasta dónde irá á parar; y con harta frecuencia se encuentran con dificultades que otros hubieran creído imposibles á primera vista.

(1) MATTH. I, 19.

(2) ECCLES. XXIV.

(3) PSALM. LXXXVIII, v. 4.

(4) De Geramb; *Pellegrinaggio a Gerusalemme*.

El taller, pues, en que trabajaba José constaba de una estancia á planta baja, de unos doce pasos de ancho por catorce de largo, en cuyo umbral exterior había un asiento de piedra para comodidad del peregrino; asiento cubierto con una estera de palma para resguardo de los ardorosos rayos del sol (1); y aquí fabricaba arados, yugos, rústicos carros, casas de madera y tiendas movibles, á propósito para custodiar los campos (2); á cuyo fin iba con frecuencia á cortar sicomoros en los vecinos bosques de Sichem, y negruzcos te-rebintos en las cimas del Monte Carmelo. Esto lo practicaba con muchísima alegría, instruido como estaba por la divina historia, que el trabajo es una condición indispensable de nuestra vida; condición dura y penosa después de la culpa, pero natural al hombre; tal, que si se hubiese mantenido inocente como Dios le había criado, no hubiera sido más que un fácil y dulce ejercicio de sus fuerzas naturales. En efecto, el Génesis nos dice, que Dios puso al hombre á cultivar la tierra, apenas le hubo criado; y solo después de la culpa le hizo saber, que, de allí en adelante, aquel trabajo se le haría pesado, y tendría que alimentarse de pan con el sudor de su frente, y que solo le produciría espinas y abrojos, mientras que sin la culpa hubiera sido la tierra un ameno y delicioso jardín (3).

Pero, no tan solo José conservaba en su corazón esta verdad para atesorar méritos, sino también su santa esposa María cumplía con toda la diligencia posible, los humildísimos quehaceres que atañen á una mujer de familia. En efecto, aunque de régia estirpe, nunca jamás buscó siervos ni esclavos para su servicio; antes se deleitaba en tejer con sus propias manos la tosca estera de hojas de palma y de caña que cubría la era de la casa. Luego hilando, torcía á su huso lino grosero; ó machacando, según la costumbre de las mujeres hebreas, el trigo, la cebada y otros granos (4), amasaba con aquella gruesa y amarilla harina pequeñas y redondas hogazas para la frugal comida. Además, cubierta con su cándido velo, iba como las mujeres de los patriarcas á buscar agua en la vecina fuente con un cántaro sobre la cabeza (5), y á lavar sus azules túnicas en las corrientes de los riachuelos, como las princesas de Homero. No creáis, hermanos míos, que estas cosas sean invenciones ó exageraciones mías. Jesucristo, testigo de vista de la vida laboriosa de esta admirable Mujer, su Ma-

(1) Burckhardt; *Viaggio in Arabia*, tom. I.(2) San Ambrosio, lib. III, in *Luc*.

(3) GENES. II, 15.

(4) Burckhardt, *loc. cit*.(5) De Geramb, *loc. cit*.

dre, alude muchas veces á ella en sus parábolas; alusiones que puede descubrir fácilmente el que estudie bien las páginas del sagrado Evangelio (1).

¡Bello y útil ejemplo para vosotras, oh mujeres, especialmente para aquellas que, recién casadas, cambian enteramente de lo que ántes eran; poco há, vivas, fuertes, hacendosas, elegantes, limpias, todo alma y vida, que con solo verlas enamoraban aún á los más esquivos; ahora, delicadas, perezosas, débiles, y tan abandonadas é indolentes, que se atraen el desprecio hasta de los maridos más complacientes! ¡Y luego se quejan, como si no tuvieran ellas la culpa, de que no sean tenidas en estima y amor como al principio! Pero ¿á quién ha de culparse? ¿Por qué, para mantener siempre tierno y constante el amor de vuestros esposos, no conservais aquel mismo arte que empleasteis con tan finas agudezas para conquistar su corazón? Este arte consiste, principalmente, en atender con amorosa diligencia á vuestros deberes de mujeres honradas y caseras, y procurar solo el agrado de aquellos á quienes consagrasteis vuestro amor y vuestra vida.

Así se portaba precisamente María, que ocupada todo el día en varias labores, al anochecer, cuando los pájaros van en busca de abrigo, y se anidan en los bosques debajo las hojas de los árboles, disponía la pulida y sencilla mesa que José había labrado con sus propias manos, poniendo sobre la misma el manjar que había preparado; ó sea pan de cebada, lacticinios, frutas y legumbres secas, ordinaria y legal comida de los descendientes de los príncipes de Judá; y esto una sola vez al día, después del trabajo al anochecer. Sí, hermanos míos; aquellos sencillos manjares, preparados con sinceridad de corazón, eran el alimento principal del antiguo pueblo de Dios; gente tan discreta como sóbria, que en la necesidad sabía contentarse con pan y agua (2). No pretendo decir con esto, que debamos nosotros practicar lo mismo, atendidos el cambio de tiempos, usos y hábitos en que vivimos; pero me parece puesto en razón, que en todas partes fuese más honrada de lo que es la virtud de la parsimonia, lo cual redundaría no poco á favor de la economía; y así, satisfaciendo las justas necesidades del presente, se podría atender más fácilmente á las del porvenir. Debieran hacerse cargo de ello, principalmente, las clases humildes del pueblo, que dejándose llevar en nuestros días de toda suerte de francachelas y comilonas, y

(1) LUC. XIII, 21. МАТТ. XIII, 33. etc. Orsini: *La Vergine* etc., tom. I, capítulo VIII.

(2) Fleury: *Costumi degli Ebrei*.

entregándose muy á menudo á la ociosidad, ponen en peligro, las más de las veces, la posibilidad de ganarse la vida en lo futuro, siempre incierto, por razón de los inciertos y con frecuencia funestos sucesos de la vida.

Pero, además de las expresadas virtudes, otras no ménos bellas y santas adornaban á María, de las cuales me limitaré á referir tan solo una para vuestra edificacion. Cuando José, fatigado por el trabajo del día, volvía á casa al ponerse el sol, se apresuraba á traerle un vaso de agua tibia para lavarse, segun la costumbre de los Hebreos, las plantas de los piés, y luego otro de fresca y cristalina para hacer las acostumbradas y religiosas abluciones ántes de la cena (1). ¡Oh mujeres, hermanas mías! con solo que tuvierais la mitad de este amor diligente para con vuestros maridos, estoy cierto de que recibiriais en cambio un amor semejante al vuestro; y así podríamos esperar ver entre nosotros á más de una familia parecida á la de José y de María. ¡Admirable familia, donde estas dos criaturas, el primero, tan grave, tan sencillo y de patriarcal continente; la otra, tan santa, solícita y amorosa, formaban la más bella pareja conyugal que jamás se hubiese visto sobre la tierra (2)!

Entretanto, habian ya trascurrido dos meses desde que los dos santos esposos llevaban tan tranquila y santa vida; cuando se cumplió, finalmente, el tiempo establecido por el Eterno, para efectuarse la obra tan suspirada de la Redencion humana. Daba la hora vespertina, y María, como fuera del comercio de los sentidos y recogida en profunda meditacion, con el rostro hácia donde estaba Jerusalem, ofrecía la oracion de la noche al Dios de Jacob. Los ojos, medio cerrados, las manos juntas, y el alma absorta en el piélago del amor divino, se espaciaba por las altas regiones del infinito; cuando uno de los siete bienaventurados espíritus que permanecen constantemente delante del trono de Dios en el cielo, se le aparece de repente, y cubriéndola toda con su radiante luz, le dice: «Dios te salve, oh llena de gracia! el Señor es contigo; bendita tú eres entre todas las mujeres (3).» A estas palabras, María quedó profundamente turbada, temiendo que fuese una asechanza urdida contra su pureza, virtud tan cara á ella sobre todo lo criado. ¡Hé ahí un saludable ejemplo para nosotros, hermanos míos, que cuidamos tan poco de custodiar el depósito de la pureza de nuestro corazón!

El Ángel, al ver aquella delicada turbacion, la tranquilizó, diciendo:

(1) Orsini, *La Vergine*, etc., tom. I, cap. VIII.

(2) P. Groiset, *Esercizi di pietá*, tom. XVIII.

(3) Luc. I, 28.

«¡No temas, oh María, porque has hallado gracia en los ojos de Dios. Sábetelo que has de concebir en tu seno, y parirás un hijo á quien pondrás por nombre Jesús. Este será grande, y se llamará Hijo del Altísimo, al cual el Señor Dios dará el trono de su padre David; y reinará en la casa de Jacob eternamente, y su reino no tendrá fin (1).» Y María, mucho más sorprendida, respondió: «¡Cómo ha de ser esto, pues yo no conozco varon alguno? El Angel en respuesta le dijo: El Espíritu Santo descenderá sobre tí, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra. Por cuya causa el Santo que de tí nacerá, será llamado Hijo de Dios! Y ahí tienes á tu parienta Elisabeth, que en su vejez ha concebido tambien un hijo: y la que se llamaba estéril, hoy cuenta ya el sexto mes, porque para Dios nada es imposible (2).» ¡Oh palabras sublimes! ellas solas bastan para mostrarnos que ese mensajero era verdaderamente un Angel del Paraíso; ya que en esto consiste precisamente el sumo sér de Dios, que es, no solo la razon de toda existencia, sinó tambien de la posibilidad de todas las cosas, las cuales son posibles por el Verbo divino, y por Él fueron criadas y duran en su existencia.

En efecto; María, á tales palabras del Angel, comprendió claramente el misterio; por eso no opuso más resistencia, sinó que cedió, y consintió en tener parte en el cumplimiento de la obra inefable de la Redencion. Virtud tanto más recomendable, en cuanto que otras hubieran querido, primeramente, saber las razones, el cómo y el cuándo; pero María, inclinando humildemente la cabeza, contestó: «Hé aquí la esclava del Señor; hágase en mí segun tu palabra (3)!» El Angel entónces desapareció, y en el mismo instante de en medio los esplendores del cielo bajó el Hijo de Dios á tomar naturaleza humana en el seno de la Virgen para habitar entre nosotros, cuya gloria se difundiría para dar vida á todo el universo; gloria cual el Unigénito debía recibir del Padre, lleno de gracia y de verdad (4). ¡Qué estúpida revelacion en este coloquio del Angel con María! Si yo no creyese en la divinidad de nuestra fé, este coloquio me bastaría para creer en ella. ¡Jamás se han dicho cosas tan grandes, ni con tan admirable sencillez! Cierta, preciosa poesía, se dirá, atendida la infinita belleza del hecho y del relato; pero el poeta es Dios, que poetiza creando la realidad de las cosas: su primer poema fué el universo. Y ahora, llegada la ocasion de entrar en escena María, el autor

(1) LUC. I. 30, 31, 32 y 33.

(2) LUC. I. 34, 35, 36 y 37.

(3) «Ecce ancilla Domini, etc.» LUC. I. 38.

(4) JOANN. I. 14.

desciende y la ocupa. Él mismo juntamente con nosotros, en medio de nosotros, como uno de nosotros, y nos recita su parte. Y por eso el Universo, que hasta entónces había vivido de su vida, de la vida que recibiera de Dios en la creacion, empieza desde luego á vivir de una vida divina, de la vida de Dios, que sin quitar nada al Cielo, dióse á sí mismo á los hombres en el seno de la Virgen. Por tanto ¿quién, Dios mio, llegará á comprender jamás la grandeza de tal acontecimiento, el *non plus ultra* de tu bondad y omnipotencia? ¡Oh bondad de Dios! oh gloria inmortal de María! oh portento único desde la eternidad! oh estupor! oh milagro de milagros! oh dignidad incomparable la de la Virgen de Nazareth! Tú sola, entre todas las mujeres, fuiste digna ¡oh María! de ser escogida para tanta excelencia de gloria, que no existe ni existirá en todos los siglos otra criatura, ni aún entre los más elevados coros de las inteligencias celestiales; el mismo Dios no pudo criar otra gloria mayor.

Hermanos míos; detengámonos aquí, no pasemos más adelante, os diré con el Crisóstomo (1), pretendiendo penetrar ese abismo de gloria, ni intentemos saber de que modo recibió María en su seno, por obra del Espíritu Santo, esa milagrosa fecundidad, mediante la cual llegó á ser Madre de Dios; puesto que tal es el misterio, que no solo fuera infernal arrogancia, sinó tambien locura quererlo comprender, ni aún en parte. No obstante, si á alguno se le hiciera difícil creerlo, le diría: la encarnada rosa, que concibe el puro rayo del sol, y lo presenta luego revestido de la propia sustancia, ¿no es un claro símbolo, y aún diría, figura de la Virgen, que concibió y parió á su Criador? Pero nosotros, creyentes, consideremos más bien la alegría que, por tanto prodigio de la bondad divina, se difunde del uno al otro confín del universo, el cual siente cercana su Redencion, y cantemos la grande misericordia del Señor. ¡Ved como los astros del firmamento, poco ántes ofuscados por las negras tinieblas con que los cubría la divina condenacion por el pecado de Adán, brillan con nuevo esplendor; y como las avejillas cantan alegres y festivas, fuera de lo acostumbrado, entre las frondosidades del bosque, saludando á la naciente aurora! La tierra toda recobra el vestido de fiesta, con que apareció en los dias de la creacion, y despiertan por todas partes tiernos sentimientos de alegría y júbilo, con la esperanza del próximo rescate. En una palabra, doquiera se vuelva la vista es todo magnificencia; doquiera se transporte el hombre con el rápido pensamiento, la naturaleza renace á la vida, y la gracia abre los te-

(1) Serm. IV.

soros de la eternidad. Todo nos repite, que surgió un nuevo día para alegría de los mortales. ¡Oh salve, día del Señor! nosotros te consideraremos siempre como el más sublime de los días; y al renovarse tu memoria, cantaremos himnos eternos de amor á la infinita misericordia (1). Hoy la justicia y la paz se reconciliaron con el ósculo de la nueva alianza (2); hoy quedamos libres de la maldición de la culpa, y recobramos las delicias de la gracia, constituidos nuevamente herederos de aquella eterna bienaventuranza, que para siempre habíamos perdido, miserablemente, pecando.

Te adoramos ¡oh Verbo divino! hecho carne en el seno inmaculado de María para nuestra redencion. ¡Oh bondad infinita! ¡oh nueva y nunca oida misericordia! puesto que el ofendido se humilla al ofensor; el padre, al hijo; el dueño, al esclavo; el Criador, á la criatura, que pecando brutalmente, se habia propuesto derribar de su trono á Aquel, que por solo amor la habia sacado de la nada para que participase de su vida. ¡Oh dulce Hijo de Dios y de María, esplendor eterno de la gloria de los Santos (3)! ¿cómo podremos nosotros mostrarte nuestra gratitud y reconocimiento? Nosotros no podemos con palabras darte las debidas gracias, ni siquiera concebir el pensamiento de dártelas, si Tú con la gracia no creas en nosotros un corazón nuevo (4), un corazón capaz de comprender la grandeza del beneficio que nos otorgaste con tu encarnacion. ¡Oh María! habla Tú por nosotros; di Tú al bendito fruto de tu seno, que ya procuraremos con todas nuestras fuerzas hacernos dignos de amarle. Ahora somos pecadores; todavía estamos cogidos en los lazos de la culpa, y tenemos necesidad de ser libertados de ella. Y Tú sola ¡oh Madre divina! Tú, á quien fué dado por Dios ser fecunda del divino Verbo, y por lo tanto, gloriosísima Madre de su Hijo, Dios lo mismo que su eterno Padre; Tú sola puedes con el Verbo, hecho hijo tuyo, obrar el prodigio que nos regenere á su gracia y á su amor. Esta gracia te pedimos hoy, postrados al pié de tu altar. Escúchanos ¡oh Madre dulcísima! pues para Ti, Madre amorosa, nada es imposible, habiendo sido digna de ser escogida entre todas las mujeres para dar vida al Omnipotente; y nosotros, con el auxilio divino, nos mostraremos agradecidos, viviendo fieles á tu Jesús en esta vida mortal, hasta que contigo lleguemos á verle cara á cara y gozarle en la patria bienaventurada de los Santos. Así SEA.

(1) *Prac. liturg.*(2) *PSALM. LXXXIV, 11.*(3) *HEB. 1, 3.*(4) *EZECH. XVIII.*

DIA QUINCE.

LA VISITA Á ELISABETH.

Esurgens Maria abiit in montana... et salutavit Elisabeth.

Partió María, se fué á las montañas, y saludó á Elisabeth.

(*Luc. 1, 39.*)

No son pocos en nuestros días, los que víctimas de una preocupacion, ó más bien, de un error bastante funesto para la Iglesia de Jesucristo, van diciendo, que la Religion hace á los hombres tan tacaños y medrosos, así en la especulacion de la ciencia, como en la práctica de la vida, que son incapaces de toda generosa empresa ó accion magnánima. Esta trivial afirmacion del número infinito de los necios, nos causaría más bien compasion que despecho, si entre nosotros fuese considerable el número de los sábios, y fueran ellos los reguladores de la opinion pública; pero como, por desgracia nuestra, han logrado los malvados, con sus perversas doctrinas heréticas é impías, corromper, con harta frecuencia, la sencilla fé de las naciones, es de todo punto necesario impugnarlos. ¡Ea, pues, enemigos de Jesucristo! oid, y presentadnos las razones que teneis á favor vuestro. ¿Cuál es, y cuál ha sido, contestad, la secta que, como la Religion Católica, haya impulsado los hombres á recorrer mares, montes é inmensos desiertos, hasta los últimos confines de la tierra, con el único fin de apartar á los salvajes de la feroz degradacion de la barbarie, y reducirlos al estado de civilizacion con la luz divina del Evangelio? ¿Quién de vosotros se dedicó, como los católicos, con solemne juramento, al servicio de los enfermos, sin excluir los apestados, ir en busca del viajero extraviado en medio de las eternas nieves de los montes, llevar consuelos en el fondo de las oscuras cárceles, y, finalmente, socorrer toda suerte de infortunios, y enjugar tantas lágrimas